

La defensa del puesto del guarda: punto de inflexión en la construcción gremial de los trabajadores del subterráneo (Buenos Aires)

FEDERICO VOCOS

Introducción

Presentamos aquí los avances de un trabajo de investigación en curso sobre la construcción gremial en el subterráneo de Buenos Aires luego de su privatización. Abordaremos, en particular, el conflicto generado a partir del intento de eliminar el puesto de trabajo de guarda en la línea B por parte de la empresa concesionaria Metrovías en febrero de 2001.

Nos proponemos destacar la experiencia de este conflicto, ya que significó un momento crucial en la relación de fuerzas entre la empresa y los trabajadores, y en el que adquiere singular importancia el cuerpo de delegados como representación directa del activismo de base.

En esta disputa se puso en evidencia la construcción gremial que se venía organizando desde los primeros años de la privatización, y se advirtieron nuevas características y particularidades a diferencia de los conflictos gremiales previos entre Metrovías y los trabajadores.

Para la realización de este trabajo hemos recurrido a la consulta de fuentes secundarias como periódicos de la época, materiales de la empresa, boletines y volantes elaborados por los propios trabajadores, y principalmente esta investigación se sustenta a partir de los testimonios que surgen de entrevistas en profundidad. La relevancia de estos últimos nos ha permitido reconstruir los diferentes aspectos y dimensiones que hacen al singular proceso de lucha en que se libró este conflicto.

En este sentido, coincidimos en que “la complementariedad de las diversas fuentes accesibles al historiador (estadísticas, bibliográficas, hemerográficas, documentales) y las propias fuentes orales, permite avanzar en el conocimiento de la realidad pasada”. Desde esta perspectiva, “los testimonios obtenidos supondrán una información privilegiada que sólo de esa forma puede ser rescatada para su ulterior utilización e interpretación por los historiadores” (Folguera, 1994).

De este modo, retomamos el análisis de Fraser (1993) en el que destaca la importancia de las fuentes orales dada la posibilidad que nos brindan de resignificar los hechos y en cuanto a la revalorización del concepto thompsoniano de experiencia. Es a partir de esta última noción donde “lo cotidiano expresa los intereses, las experiencias sociales, tradiciones y sistemas de valores que, como afirma Thompson, definen a una clase a partir de la disposición a comportarse como una clase definiéndose a

elementos que se descubren tanto en lo simbólico, en la práctica, como en la particular consciencia práctica de sus protagonistas.

En primer lugar, las marcas de la experiencia ypefiana se observan en los *símbolos, edificios y en la espacialidad*. Es elocuente que el escudo de la UTD es similar al de YPF, en colores y forma. Es circular y con las tres letras en su interior formadas hasta los contornos. Este logo es ubicado en muchos de los proyectos de la UTD, tal como lo hacía la ex empresa estatal, fundamentalmente en los barrios de viviendas que construyen. La expansión territorial de la UTD va en crecimiento y conlleva una dotación de sentidos sobre el territorio ocupado. Como la antigua YPF, este movimiento social construye barrios en diferentes puntos de la ciudad, construye escuelas en y afuera de Mosconi. En todas ellas, el logo de la UTD o las inscripciones en plazas marcan la pauta de una apropiación. Además se produce una ocupación complementaria –a través de la modalidad de comodato– de los galpones y edificios de la antigua YPF. El taller metalúrgico y otros emprendimientos se encuentran en los antiguos galpones del predio que la ex empresa estatal ocupaba.

Asimismo, la misma intención de convertirse en un *municipio paralelo* nos remite a la trascendental presencia que tenía YPF en la zona. La UTD despliega una cantidad de actividades en el tiempo y en el territorio, tanto productivas, de servicios como de obras públicas, interviniendo no sólo desde el ámbito productivo, sino en el ámbito de la reproducción social de los habitantes: plantación de arboledas, limpieza de espacios públicos y corte del pasto a los costados de las rutas, trabajo de fumigación para combatir el dengue, universidad pública, construcción de viviendas, etc. Tan importante es la expansión territorial que muchos de los proyectos de obra pública como la construcción de escuelas rurales se encuentran a centenares de kilómetros, en lugares alejados o de frontera. Hasta se han encargado de pagar los sueldos de algunas maestras de estas escuelas rurales. Asimismo, la UTD ha intentado generar espacios recreativos para la comunidad.

Por otra parte, el ideario utediano contiene entre sus premisas principales la defensa de los recursos naturales “estratégicos” para la Nación. En la entrada de su galpón metalúrgico, se observa un gran cartel que tiene dibujado a un joven con una remera celeste y blanca y con las siglas del movimiento a la altura del corazón. Sostiene en su mano una gomera –propia de la experiencia de lucha en las rutas– que enseña en sus extremidades un árbol (en sintonía con el cuidado de los bosques contra los desmontes) y una torre de petróleo. Debajo, el cartel reza: “En defensa de nuestros recursos naturales”. La demanda de recuperación para el pueblo de los recursos naturales de la región se encuentra estrechamente ligada, en el discurso utediano, al cuidado del medioambiente. Hay numerosos emprendimientos en este sentido. Pero en la UTD se encargan de remarcar que es una continuidad de la acción de YPF. Pese a ser la actividad petrolera en sí misma contaminante, el dirigente “Pepino” Fernández suele remarcar que YPF utilizaba productos naturales para la inyección de los pozos

petroleros, a diferencia de la actividad actual de las empresas transnacionales que utilizan fluidos químicos altamente contaminantes.

Asimismo, vemos en el discurso de sus dirigentes un concepto que remite al intento de recuperar el estado de pleno empleo de viejas épocas –con cierto rechazo a la tecnificación que expulsa mano de obra– y la puesta en práctica la formación de los jóvenes en la cultura del trabajo. Esto es, como se observa en los talleres que brindan, la capacitación en diferentes técnicas y oficios para enfrentar futuras experiencias laborales. Esta intención de hacer de la UTD una especie de escuela técnica es impulsada por los dirigentes, ex ypefianos, que ingresaron en muchos casos antes de los 18 años a la empresa y se desarrollaron en la misma aprendiendo un oficio. Como en aquel entonces –una experiencia que se encontraba en todas las industrias públicas– existen numerosos oficios y el aprendizaje reconoce diferentes niveles. Esta capacitación en el trabajo se complementa con la transmisión de valores referenciados con el esfuerzo y empeño del trabajador en función de colectivo, muy presentes en el entonces mundo ypefiano. Según cuenta “Pepino”, se puede observar un fuerte contraste entre aquellos que se sacrifican, “laburan”, “pechean la cosa”, y los vagos, “que quieren vivir de rentas”, los “gatos” que roban o los que “quieren cobrar sin hacer nada”. En la tradición ypefiana, estos valores se transmitían, por ejemplo, a través de placas conmemorativas ubicadas en edificios y monumentos: “en reconocimiento de los luchadores”, “a los que cayeron cumpliendo el deber”, “a quienes se sacrificaron”, entre tantos otros. Disciplina, deber, sacrificio, y fundamentalmente la ejemplaridad, elemento central sobre el que la dirigencia de la UTD construye la legitimación de su liderazgo. El contacto entre la dirigencia y la juventud es permanente: trabajan juntos, viven en los mismos barrios, sus casas son similares o aún más precarias.

Finalmente, llegamos a lo que considero el eje vertebrador de la experiencia utediana. El intento de reconstruir el mundo laboral. Es la experiencia del trabajo la médula que nutre de vida a la UTD, impulsada por su dirigencia, una generación de hombres y mujeres vinculados directamente a la experiencia laboral y social ypefiana, orgullosos de su experiencia y saber obrero. “Si yo no los tengo cagando para laburar, cuando vayan a una empresa los van a echar al carajo enseguida”, dice Pepino y agrega: “Hincho para que no sean flojos, para que trabajen [...] Nosotros teníamos disciplina y yo estoy acostumbrado a un ritmo de trabajo muy rápido”, dice al recordar sus tiempos de técnico inyector en los campos de perforación de YPF. En síntesis, si bien en buena medida la organización reposa sobre la juventud, son los dirigentes los que intentan recrear simbólicamente y materialmente la cultura del trabajo. Así se entiende que desde la UTD sostengan: “Somos un grupo de trabajadores que comenzamos a reunirnos para recuperar el trabajo y para que la gente de nuestro pueblo viva mejor...”²

2 La UTD explica en su sitio de Internet <http://www.utdmosconi.org>: “Quiénes Somos”.

conformarían como movimiento social de identidad piquetera, en tanto su acción e identidad se prolongó más allá de este momento de protesta.

Los años transcurridos entre 1997 y 2001 permitieron el desarrollo de la organización piquetera, todavía en el marco de una convergencia de acciones con otros actores sociales y políticos. La victoria de mayo de 1997 impulsó los reclamos y validó nuevamente la acción de protesta radical como medio de alcanzar soluciones parciales a la todavía precaria situación social. Desde entonces, las acciones de protesta fueron en crecimiento. Pero en los años siguientes al corte de 1997, se produjeron a nivel nacional dos hechos que darían un impulso particular a la acción colectiva de los desocupados de Mosconi. El primero de ellos es un cambio en la respuesta estatal. En 1999 se produce otro importante corte de ruta, impulsado por trabajadores estatales, pero que en su trascurso pasan a encabezar los desocupados de Tartagal y Mosconi. El corte se produce en medio del recambio gubernamental (Alianza) y de los hechos represivos de Corrientes y Chaco. Los piqueteros dan muestra de una capacidad de acción notable, que pasa de evitar la represión a tomar de rehenes a un grupo de policías provinciales. El corte se levanta días después con el compromiso de cumplimiento de parte del gobierno provincial de las demandas de los estatales y los desocupados. El cambio de gobierno, no obstante, traía una novedad. La ministra de Desarrollo Social de la Nación alteraría los mecanismos tradicionales de distribución de los planes de empleo. Se los quitó a los municipios y pasaron a ser gestionados directamente por las organizaciones sociales. En diciembre de 1999 se otorgaron los primeros 220 planes de empleo a la UTD que los comenzó a administrar de forma autónoma. Esto dio recursos importantes a los desocupados para dirigirlos en función de solucionar algunas carencias locales. Pero asimismo permitió operar una transformación sobre los mismos, dándoles un carácter productivo y de servicio a la comunidad. Como sostiene Merklen para el conurbano bonaerense, los movimientos se instalaron como capaces de organizar los beneficios concretos por sí mismos, como actores de las políticas sociales, capitalizando la experiencia de las organizaciones locales. El segundo hecho de relevancia fue la impactante aparición pública de movimientos piqueteros en el conurbano bonaerense, que instaló la cuestión piquetera a nivel de agenda nacional, con la aparición de una metodología y una demanda identificada: el corte de ruta y el plan social. Este factor convergió de forma decisiva con el masivo corte en Mosconi y Tartagal de mayo de 2000, que terminó en una durísima represión, la aparición de un masivo apoyo popular a los piquetes y el reconocimiento en la lucha de un nuevo liderazgo en el movimiento piquetero.

Estos tres factores –planes, conurbano, nuevo liderazgo– dieron una nueva orientación a la UTD, a partir del fracaso de la convergencia orgánica entre las organizaciones piqueteras. Una de las cuestiones que puso en evidencia las diferencias fue la misma institucionalización de los planes sociales. Si bien la dependencia respecto de los planes estatales era un factor común, las organizaciones se diferenciaron en torno al uso de estos planes, a partir de tradiciones organizativas y marcos interpretativos

diferentes. Si una línea de corte sindical y otra política partidaria de izquierda apostaron a transformar a los grupos piqueteros en actores políticos que discutieran la agenda nacional; otra corriente, encabezada por la UTD, reivindicó el no alineamiento político-partidario y el trabajo local y microsocioal. Así, vemos cómo cambios en las oportunidades políticas provocaron alteraciones en las cuestiones organizativas y la movilización de recursos. En la competencia interna, un sector con marcos interpretativos diferentes a los que encabezaron las primeras acciones de la UTD logró alcanzar la dirección, haciendo prevalecer el rechazo a los alineamientos nacionales, a los partidos políticos y a priorizar, en función de sus tradiciones y valores, la reconversión productiva de los planes. Desde entonces, la UTD priorizó la dimensión local del desarrollo de la organización en función de resolver carencias locales y se orientó en el plano provincial y nacional –bajo una lógica utilitaria– a la confrontación y negociación con el sistema institucional para garantizar la continuidad del flujo de recursos estatales. Ya a partir de 2002, con la crisis social a cuestas pero con el comienzo de un ciclo de crecimiento económico de la economía nacional, y con el cambio de gobierno nacional en 2003 –que priorizó el entendimiento con las organizaciones de desocupados– el repertorio de acción de la UTD se alteró en orden de prioridades.

Esta segunda experiencia que mencionamos a través de la acción del piquete, que convergió con otros factores en un cambio de orientación del movimiento piquetero, consolidó a la organización y la preparó para desarrollar el tercer tipo de experiencia que constituye a la UTD: la recuperación por parte de los desocupados de la identidad trabajadora, a partir de la misma experiencia del trabajo, orientada por una generación de ex ypefianos que transmiten a una generación de jóvenes los valores y tradiciones construidas alrededor de YPF, identidad en tensión con la misma identidad piquetera, como dice Merklen: la tensión de exigir como desocupados y querer dejar de serlo.

Piqueteros en busca del mundo ypefiano perdido

Hobsbawn sostenía en el caso de los bandoleros sociales que una vez que el régimen se restablece y las poblaciones se integran, el movimiento pierde su base social y su razón de ser, aun más cuando el estado retoma el control del territorio. Pero en este caso, los Estado municipal y provincial no recuperaron el territorio –siguieron sin dar respuesta a la crisis social– y en su lugar la UTD comenzó a ampliar su radio de acción para transformarse –al decir de sus integrantes– en una especie de *estado paralelo*. Esto le permitiría, en adelante, mantener su composición y albergar también a aborígenes, estudiantes universitarios y terciarios, y mujeres, y mantener acuerdos con otros actores en torno a emprendimientos productivos. Intentaremos poner de relieve ahora aquellos elementos de la actual experiencia utediana que traducen la particular característica de esta agrupación de hombres y mujeres que se identifican como piqueteros y que, al mismo tiempo, ratifican su pertenencia a la clase trabajadora, orientados al calor del nostálgico recuerdo de la experiencia ypefiana. Se trata de

inéditos en Mosconi. En 1996, sólo el índice de desocupación era de 23%. En tanto, los subocupados llegaban al 19%. Entonces, mientras el malestar general se hacía extensivo a todas las categorías sociales de la ciudad, se percibía de forma más aguda la ausencia de canales de movilización que hicieran fluir las demandas existentes por dentro de la institucionalidad vigente. El sistema político institucional, los partidos políticos, las estructuras sindicales tradicionales, las mismas agencias estatales (en sus diferentes niveles), habían abortado su intento de alivianar la precaria situación social. Desde los gobiernos provinciales y nacionales no se dictaban estrategias de reconversión productiva en la zona, el Estado estaba ausente en sus funciones benefactoras y las empresas petroleras registraban elevados niveles de ganancias. Esta misma situación se había traducido en una generalizada desconfianza –ilegitimidad– hacia estos canales y hacia los actores que encarnaban su representación. Esta coyuntura era propicia para el nacimiento de una organización que se planteara la exigencia a los gobiernos municipal y provincial de respuestas a una situación que comenzaba a percibirse como lesiva a derechos adquiridos. Así, en 1996, un grupo de ex trabajadores de YPF se reunió para dar nacimiento a la Unión de Trabajadores Desocupados, con la demanda principal de trabajo genuino. No era un grupo desprevenido, sino que entre sus fundadores se encontraban antiguos militantes de sindicales y de izquierda. Su acto fundante podemos situarlo en 1996, en la toma del Consejo Deliberante local y su transformación durante 23 días en un comedor popular. Esta medida tuvo varias consecuencias. Por un lado, exigió que representantes políticos de la provincia se avinieran a negociar. Por otro, el movimiento logró la instalación del problema de la desocupación, al menos a nivel provincial. Asimismo, la obtención de ayuda social municipal permitió que una protesta radical fuera considerada por los afectados de la zona como un medio legítimo y eficaz para protestar por su situación y disparara un proceso de identificación localista que daría impulso y masividad a las próximas acciones colectivas. Meses más tarde, sucedió el gran corte-pueblada de la ruta 34. Por lo pronto, estaban ya dispuestos los elementos que protagonizarían la primera convergencia de piquetes y puebladas en la zona. La UTD todavía no era el movimiento piquetero que conocemos y había nacido producto de la vivencia de una precaria situación social que compartían con otros grupos sociales.

La segunda experiencia que dio nacimiento al movimiento piquetero fue el mismo piquete, el corte de ruta, momento de convergencia con otros actores sociales pero también de la propia consciencia de constituir un grupo con intereses y perspectivas diferenciadas. La primera acción de la UTD no había cambiado la realidad de Mosconi, sino que la había hecho evidente y había disparado la necesidad y legitimidad de una acción contundente. Una gran mayoría de la población compartía la traducción de una experiencia precaria en términos de amenaza a la supervivencia individual y de todo el colectivo social. Existía un descontento generalizado por la afcción en el servicio privatizado de la energía eléctrica, por la deuda de varios meses de sueldos a empleados públicos, entre otros derechos que se consideraban lesionados. Asimismo,

existían estructuras y recursos disponibles para la movilización, y la percepción de ilegitimidad se hacía cada vez más aguda, en el marco del camino hacia las elecciones de 1997, la primera gran derrota del oficialismo en ocho años. La acción de protesta estaba al caer. ¿Por qué un corte de ruta? Fue una acción netamente defensiva, un llamado de atención tal como lo indican sus protagonistas. Pero había dos elementos definitorios del medio de acción elegido. Por un lado, la población de Mosconi ya conocía el *corte de ruta* como medio de acción, figuraba dentro de su *stock cultural*. El primer corte en la región se había producido en 1985 para exigir la continuidad de un proyecto de instalación de una planta petroquímica en la zona y en 1991 se produjeron movilizaciones, asambleas y otro corte para frenar la privatización. Por otro lado, la percepción del grave problema de la desocupación se había hecho extensiva a todo el país. Un importante número de protestas comenzaba a desarrollarse a escala nacional. Fueron especialmente movilizantes las grandes protestas de Cutral-Có de junio de 1996 y abril de 1997, protagonizada por numerosos sectores populares, entre ellos, como en Mosconi, por ex trabajadores de YPF.

Entonces, el corte-pueblada de mayo de 1997 fue otro hito fundacional. La decisión provino de una comisión de vecinos que lideró una serie de asambleas en una “dinámica de catarsis” (Svampa y Pereyra, 2003) que llevó al corte y, con el transcurrir de los días, a la conformación de una verdadera multisectorial, extendida en varias localidades de la zona. En esta oportunidad, se produjo una importante experiencia de convergencia y decantación que adelantaría la forma que tomaría el movimiento piquetero. En primer lugar, la lucha en las rutas disparó un proceso de sincretización entre dos perfiles generacionales: la de los ex trabajadores ypefianos –beneficiarios directos del desarrollo de la ex empresa estatal– y los jóvenes desocupados, sin formación de oficio y con ninguna o escasa experiencia laboral. Asimismo, la espacialización de la protesta evidenció el inicio de un inmediato proceso de decantación que comenzó durante las primeras negociaciones con las autoridades municipales y provinciales. En efecto, los desocupados estaban al frente del corte y en el momento de las negociaciones conformaron una coordinadora departamental; y si bien la definición del bloque antagónico fue bastante homogénea (estructuras políticas y sindicales tradicionales, estados municipales y provinciales, las fuerzas represivas y las multinacionales), el discurso de “reparación histórica” encubría mal la diferencia entre las demandas de cada sujeto en acción. La intervención de algunas autoridades públicas y referencias sociales (como el obispo de Orán) impidieron que el corte terminara en una dura represión. Tras las negociaciones, luego de que se retiraran empresarios y comerciantes, los desocupados se mantuvieron redoblando la apuesta en reclamo principalmente de puestos de trabajo genuino, hasta que consiguieron 1.000 fondos de desempleo, 4.000 planes Trabajar y 1.400 puestos permanentes en petroleras privadas. Así había tenido lugar el primer gran piquete-pueblada de Mosconi. Una acción colectiva de protesta protagonizada por un sujeto político plural, con la participación protagónica de los desocupados –ex trabajadores y jóvenes– quienes finalmente se

Formación y estallido del mundo ypefiano

YPF desarrolló en ciertas regiones del país una actividad que fue tipificada como “economía de enclave”,¹ desarrollando en paralelo lo que Svampa denominó como “modelo de civilización territorial”. Es decir, YPF se alojó en regiones despobladas del país y desarrolló grandes centros económicos y urbanos con una estructura económica dependiente del monopolio productivo y tejedora de un sistema de relaciones sociales complejo y abarcador, generando una fuerte dependencia económica y simbólica de la población involucrada. Esta experiencia se engarzó perfectamente con el proyecto industrialista materializado a partir de la década de 1940, que permitió cristalizar un ideario “nacional y popular”, de defensa de la soberanía, independencia económica frente a las economías centrales y de protagonismo popular enmarcado en un complejo sistema de valores que ponía el acento en la comunidad de intereses entre empresarios y trabajadores nacionales. Dentro de este esquema, YPF desarrolló una política empresaria de condiciones laborales favorables para sus trabajadores —en términos de estabilidad, sistema de promociones y salarios altos— y más allá de la fábrica, involucrándose en la reproducción de su vida cotidiana, con estrategias de intervención social a través de la construcción de viviendas y barrios, proveedurías de alimentos y productos de consumo doméstico, servicios de salud y previsión social, instituciones educativas y recreativas como clubes y cines. A lo que se agregaba una concepción de la empresa como propiedad común, reforzada por la prioridad del empleo para los familiares directos de los trabajadores. A pesar de que la política empresarial no estuvo exenta de una fuerte jerarquización funcional y espacial en su interior, se fue configurando una matriz de relaciones y una cultura de radical pertenencia material y simbólica a la empresa estatal.

Será la hegemonía neoliberal consolidada en 1990 la que puso en marcha el proceso privatizador que provocó la crisis de este imaginario. En la Argentina, las políticas incentivadas a través del Consenso de Washington (basado en la apertura total e indiscriminada de bienes y capitales extranjeros, de desregulación de los mercados, valorización financiera, privatización de sectores estratégicos, endeudamiento externo, concentración económica y distribución regresiva del ingreso) encontraron terreno fértil, abonado por la anterior política dictatorial. La embestida neoliberal se desplegó a partir de dos leyes claves: de Emergencia Económica y de Reforma del Estado, de 1989. Con el respaldo de estas leyes, se dictaron tres decretos desreguladores de la actividad petrolera, que transformaron al petróleo y al gas de “recursos estratégicos” en “commodities exportables”. En 1990, se convirtió a YPF en Sociedad Anónima y se puso en práctica un “Plan de Transformación Global” a cargo del empresario interventor José Estenssoro. El objetivo era “sanear” a la empresa —achicarla en recursos físicos y humanos— para poder llevarla a oferta pública en condiciones

favorables para los inversores. Para bajar costos de producción, una vez que se definieron las competencias que retendría la empresa, se dispuso la venta de “recursos no estratégicos” y de sus acciones. En cuanto al personal, se dispusieron variadas estrategias de racionalización que fueron vaciando a la empresa de trabajadores: retiros “voluntarios” y jubilaciones anticipadas con el pago de altas indemnizaciones, cursos de capacitación como antesala del despido y la complicidad del Sindicato Único de Petroleros Estatales (SUPE) que alentó el mito de la conversión de trabajadores en empresarios. Así, en toda la empresa se pasó de 50.000 trabajadores en 1991 a 7.000 en 1994. En el caso de Mosconi, hacia 1991 habían sido desvinculados entre 2.400 y 3.500 trabajadores, cerca del 90% del personal. En 1992, se privatizaron los yacimientos, las destilerías y las plantas de YPF, que se distribuyeron entre las multinacionales Pluspetrol, Parquer Dilling, Seperbol, Texaco, Tecpetrol, Refinor.

La desaparición de esta empresa monopólica, que otorgaba sentido a una comunidad y motorizaba la actividad económica de la zona, conllevó un trasfondo estructural de desocupación, precarización y marginalidad. En el caso de Mosconi, ninguna instancia estatal (municipal, provincial o nacional) ni las empresas privadas que siguieron operando en la zona, atendieron las necesidades de la población. Los trabajadores de YPF fueron conformando experiencias inmediatas condicionadas por la individualización de las decisiones, de forma que se desestructuró al sujeto trabajador como sujeto social/colectivo y se impuso la experiencia de estrategias individuales y la culpabilización del sujeto en un marco estructural que no habilitaba una salida a la desocupación. Así, se produjo la eclosión del imaginario ypefiano, al transformarse el conjunto de relaciones sociales cotidianas, las condiciones de reproducción de los trabajadores y el simbolismo que sustentaba a esa comunidad. Los trabajadores ypefianos no sólo debieron enfrentarse a la problemática de la desocupación y a la crisis socioeconómica sino también a la orfandad de una identidad que los constituyó durante décadas.

Del piquete al movimiento piquetero

Las profundas transformaciones sociales y económicas no podrían dar cuenta por sí mismas de la emergencia de la acción colectiva. ¿Cuáles fueron esas condiciones que mediaron entre ser y consciencia, entre estructura y agencia, para dar nacimiento al movimiento piquetero? Creemos que se trató de la convergencia de tres tipos de experiencia colectiva diferentes, en momentos continuos, cuyas traducciones por los sujetos protagonistas, en función de sus valores, cultura y tradiciones específicas, dieron a la UTD una especial orientación. Cada uno de estos momentos estuvo condicionado por específicas oportunidades políticas, estructuras de movilización y la preeminencia de determinados marcos interpretativos.

La primera experiencia de la que hablamos es la vivencia de la desoladora realidad de desocupación, pobreza, marginalidad e inseguridad, compartida por toda la población. Recordemos que el proceso privatizador produjo niveles de desempleo

¹ No es momento de introducirse en los debates sobre las caracterizaciones de las “economías de enclave” y si, en particular, cabe la aplicación de este concepto a la economía mosconiana. Queda explicitada la existencia del cruce de interpretaciones.

El mundo de los piqueteros

Decimos, en función de lo visto, que un amplísimo número de trabajadores expulsados del mundo del trabajo y otros individuos jóvenes que no alcanzaron la actividad laboral, pasaron en los últimos años a conformar una superpoblación relativa no funcional y no absorbible para diferentes estructuras de acumulación del capital. El caso argentino es una evidencia notable de este proceso. Esta *masa marginal* en términos estructurales sufrió asimismo los procesos de desprotección estatal y de desafiación identitaria construida, principalmente, en torno a las instituciones tradicionales de la vida laboral: los poderosos sindicatos argentinos. Estamos, entonces, ante la emergencia de un importante grupo social —*esa masa de subproletarios*— cuyo componente explosivo ha sido el de los desocupados estructurales. Sin embargo, la emergencia de un ciclo de protestas en la década noventista en Argentina no tuvo como único protagonista a este sector descompuesto de la clase obrera. La aparición de los primeros cortes de ruta en el interior del país, a cuyos responsables se atribuyó la denominación de piqueteros, vino de la mano de movilizaciones masivas de diferentes actores afectados por la crisis social: las puebladas.

¿Cómo comprender esta nueva realidad? El movimiento de puebladas y piquetes es una experiencia de lucha de clases, no podría ser de otra forma, pero excede a la clase obrera. Fue, en un comienzo, un proceso de lucha que contó en uno de sus polos antagónicos a un sujeto político —¿podría ser esa *clase que vive del trabajo*?— compuesto por trabajadores ocupados, desocupados y desocupados jamás convertidos en trabajadores; indígenas proletarizados; pequeños productores; comerciantes y empresarios pyme; trabajadores docentes y municipales; jóvenes; todo un abanico heterogéneo de sujetos, aunados en una lucha común y con características inéditas —en primer lugar— por la supervivencia misma. Pero su emergencia nos remite indefectiblemente al momento de la agencia. Como sostiene el sociólogo argentino Denis Merklen para el movimiento piquetero, la convergencia de piquetes y puebladas fue un movimiento de corte de calles, puentes, rutas y avenidas, que llega a movilizar a miles de personas, coordinadas, como un modo eficaz de protesta y de articulación de una demanda social, un verdadero movimiento de los empobrecidos.

La literatura sobre piqueteros es abundante en perspectivas y recursos. Me interesa ahora tomar algunas cuestiones generales para ubicar con algún nivel de precisión al movimiento de la UTD. Hay cierto consenso en que el movimiento piquetero argentino se nutrió en sus comienzos de dos grandes afluentes de experiencias. El primero, a partir de la segunda mitad de la década de 1990, las acciones disruptivas y unificadoras de los piquetes y puebladas del interior del país, ligadas a las crisis de las economías locales. El segundo, hacia fin de la década, la acción territorial y organizativa gestada en el conurbano bonaerense, ligada a las lentas y profundas transformaciones del mundo popular producto de la desindustrialización y desarticulación de marcos sociales y laborales. Ambos afluentes tienen características específicas y, asimismo, contienen a organizaciones con características diferenciadas. Dos trabajos

que merecen una especial atención por sus enfoques integrales nos permiten sintetizar la experiencia de estos dos afluentes mencionados.

En primer lugar, destacamos el estudio de Denis Merklen (2005), centrado en la experiencia bonaerense. Este sociólogo ha intentado analizar al movimiento piquetero desde la experiencia de lucha por la supervivencia y la integración, observándola desde un enfoque integral y teniendo como eje la politicidad emergente de las clases populares. Observa las transformaciones producidas por el mundo del trabajo y la retracción del dominio estatal como condiciones para la nueva politización, que alteran los repertorios de la acción colectiva. El escenario de la movilización popular se traslada hacia lo local —el barrio— lugar de la experiencia y, por lo tanto, de la acción, de la disputa, de la reafiliación identitaria, en el marco de una lucha por la supervivencia misma. Merklen realiza este análisis en sentido diacrónico. Identifica el año 2000 como momento de inflexión, a partir de la aparición de la movilización en el conurbano bonaerense. Entonces, el movimiento piquetero se presenta en el escenario nacional como interlocutor con peso específico propio. Para ello, precisó de la existencia de una amplia estructura de movilización de recursos localizada a nivel local, donde se produjo el reflujo y constitución de un denso tejido social, crucial a la hora de definir la constitución identitaria del movimiento emergente. En su desarrollo, los movimientos debieron desdoblarse en dos escenarios diferentes, que requirieron lógicas de acción también diferentes. En cada momento, las respuestas del sistema político, del Estado, de los medios de comunicación, condicionaron la acción del movimiento, sus lógicas, tensionando el proceso de construcción identitaria que sedimenta la acción colectiva en el tiempo.

El segundo trabajo que quiero destacar es el de Maristella Svampa y Sebastián Pereyra (2003), más amplio y descriptivo. Los autores analizan la constitución y los componentes de los dos afluentes piqueteros mencionados más arriba. En un capítulo aparte, analizan los movimientos del interior, en Neuquén y Salta, como casos similares en sus condiciones de emergencia. En el caso del movimiento de la UTD, analizan las transformaciones sociales producidas a raíz de la desaparición del mundo construido alrededor de la petrolera estatal YPF, que forzó una homogenización de amplios sectores sociales en su condición de profundo empobrecimiento. La experiencia comunitaria en protestas sociales y la experiencia sindical nutrieron a las primeras acciones, que se vieron impulsadas luego por las acciones y victorias de Cutral-Có. El proceso de lucha, el enfrentamiento con las fuerzas de seguridad, dieron impulso al movimiento. A partir de 2000, la lucha del piqueterismo nacional y los fracasos en conformar un bloque unificado y otras circunstancias estimularon recambios de liderazgos en el interior del movimiento mosconiano, conllevando el cambio de objetivos, estrategias, demandas, afiliaciones y cursos de acción, en función de la primacía de diferentes marcos interpretativos. Al igual que en el caso bonaerense, las decisiones en el ámbito estatal (particularmente las relacionadas con la entrega de recursos en forma de subsidios) influenciaron notablemente el curso de ambos afluentes.

de 2009. Entonces, realicé una observación participante, compartiendo la cotidianidad con los referentes de la UTD: estuve en sus galpones de trabajo, los acompañé en algunas actividades, comimos juntos y dialogamos en varias oportunidades. Con excepción de una entrevista realizada a uno de los máximos responsables de la organización, los testimonios recogidos no fueron sistemáticos, habiendo surgido de conversaciones espontáneas registradas en un anotador.

La práctica de la historia oral trae aparejados numerosas ventajas y otras tantas incertezas. En principio, proporciona un medio para ordenar de manera sistemática la multiplicidad de expresiones y para considerar sus diversos significados durante y más allá del transcurso de los acontecimientos (Moss, 1991). No tomamos esta perspectiva sin adherir a la idea de no limitarse a representar sólo la perspectiva del actor, pudiendo –como si fuera posible– hacer escuchar directamente su propia voz. La preocupación estará centrada entonces en analizar los sentidos que se expresan. Los testimonios –que no son veraces por sí mismos– permiten rastrear sentimientos a través del tiempo (Pozzi, 2008a). Como especialidad dentro del campo historiográfico o como una técnica específica de investigación, como narrativa o como forma de aproximación a los sectores sociales subalternos, la historia oral puede ser un disparador de la memoria que se constituye en fuente que aporta a la comprensión del proceso social. Una fuente para aprehender tanto la subjetividad individual y colectiva de una época, como para percibir una serie de datos que de otra manera no quedan registrados (Pozzi, 2008a). Como problema metodológico, la realización de entrevistas no ha resultado sencilla. Esto da cuenta de que la técnica de la entrevista para hacer historia oral no se reduce simplemente a preguntar o a conversar, sino que es una actividad que lleva tiempo, tacto, ética, entre tantas otras preocupaciones. Como sostiene Ferraroti, “el método de las historias de vida es extremadamente sincero y peligroso porque nos obliga a descubrirnos, porque no permite esconderse tras el pretendido cientificismo y neutralidad de instrumentos considerados objetivos” (Iniesta, 2006). Las historias de vida respetan el momento imprevisible del comportamiento, no se mediatiza a la persona para hacerla entrar en las casillas del cuestionario, e implica un momento interpretativo paralelo pero fundamentalmente posterior, agregando a las palabras de los actores algo adicional, una síntesis, una interpretación y el desarrollo de concepto o modelos (Vasilachis de Gialdino, 2007).

En la primera parte del trabajo, haremos consideraciones sobre el marco general en el que se inscribe el movimiento piquetero de la UTD: las profundas transformaciones producidas en el mundo laboral en las últimas décadas y la emergencia y desarrollo de los movimientos piqueteros en Argentina. En la segunda parte, abordaremos concretamente el estudio de este movimiento del norte salteño: las condiciones sociales de existencia que determinaron de alguna manera las experiencias de los hombres y mujeres que habitaron Mosconi y la convergencia de factores que permitieron la emergencia de este movimiento y nutrieron su desarrollo.

Transformaciones en el mundo del trabajo

En las últimas décadas, el régimen capitalista se ha expandido de forma inusitada a lo largo y ancho del planeta y ha experimentado transformaciones cualitativas. Una prueba de ello son las mutaciones en el mundo del trabajo, tema que ha generado intensos debates en los últimos años. Un autor que se ha involucrado en esta problemática es el sociólogo argentino José Nun, quien desechó las ideas de “sociedad postindustrial” o “capitalismo sin trabajo” para describir la realidad actual de la sociedad global. Asimismo, llamó la atención sobre la incapacidad del clásico concepto marxiano de “ejército industrial de reserva” para dar cuenta de la realidad de los 800 millones de seres humanos desocupados o subempleados del fin del siglo XX. Según este autor, las transformaciones producidas por el sistema han dado como resultado la existencia de una “masa marginal no absorbible por el sector hegemónico de la economía”, es decir, *no funcional* como “ejército de reserva” para esa área. Nun retoma un viejo trabajo suyo, donde explicaba que los exégetas de Marx se equivocaron al generalizar la aplicación del concepto de *superpoblación relativa* recuperado del famoso capítulo 23 de *El Capital*, un análisis hecho para el modo de producción capitalista existente en la Europa occidental en el siglo XIX. El error –dice Nun– es pensar a la superpoblación relativa con *efectos siempre funcionales*. Justamente, al observar su *no funcionalidad* fue que Nun habló de *masa marginal*: una masa que designa a la relación entre población excedente y el sistema que la origina.

Nun retoma los análisis clásicos sobre la “sociedad salarial”, descrita sintéticamente como aquella de crecimiento económico, industrialización y políticas macroeconómicas que respondían a los problemas de la ocupación y con presiones inflacionarias resueltas a nivel micro (sindicatos/patronos). Esta es la sociedad que se ha acabado –sostiene– cuyo fin ha provocado la existencia de esta *masa marginal*. Pero no se trata del fin del trabajo, sino *del trabajo asalariado estable y bien remunerado*. Lo que se ha acabado es la sociedad del pleno empleo, crecientemente homogénea, del trabajo asalariado como signo de status, dignidad y protección. ¿Qué sobreviene entonces? Para Ricardo Antunes, la estructura hegemónica de acumulación es aquella afectada por un proceso de flexibilización, que limita en la empresa el trabajo vivo y amplía la máquina tecnocientífica y la productividad. Se trata de un segmento del mercado de trabajo que busca trabajadores polivalentes altamente capacitados y trabajadores de *productos inmateriales* (comunicacional, publicidad, marketing, etc.). La consecuencia de este reacomodamiento es el desempleo explosivo, la intensificación y alteración cualitativa de las formas de extracción del trabajo, la ampliación del mundo de los tercerizaciones, precarizados, subcontratados, subempleados, que caracteriza como una *masa de subproletarios*. Todos –dice Antunes– comparten la característica de ser una *clase que vive del trabajo*, un término más genérico que el de *clases subalternas*, que pone de relieve de mejor manera la explotación de estos sujetos frente a los mecanismos extractivos del capital en sus diferentes niveles, pero no la de una real formación de clase en esos términos.

mo, sobre este tema, Agustín Salvia, afirma que el proceso de reestructuración generó un achicamiento de las empresas privatizadas, un cierre de importantes empresas locales tradicionales y un crecimiento explosivo del desempleo y la subocupación a nivel general, así como una mayor y más generalizada precarización de las condiciones laborales y de las condiciones de vida de las poblaciones afectadas. Salvia y Panaia (1997: 15/16) acotan que esta situación generó modificaciones profundas en los balances y en el comportamiento de los hogares, entre los que cabe destacar de la fuerza del trabajo familiar y el incremento del empleo refugio, entre otros indicadores.

Recién en 1995 el gobierno reconoció por primera vez que el plan económico destruyó empleos, que el índice de desocupación era inédito en el país, y que la destrucción de puestos de trabajo se debía entre otras cosas a las privatizaciones si bien se trata de justificar por “la lentitud en que se abordó la reforma laboral” insistiendo en la necesidad de “mayor flexibilidad laboral para estimular a los empresarios” y según el ministro de trabajo, Armando Caro Figueroa el alto índice de desocupación se debe a que más gente salió a buscar trabajo y el titular de la CGT de ese periodo, Gerardo Martínez dice que los inmigrantes “son los grandes responsables” de la desocupación.¹²

Podemos ver en el caso de la privatización de Hidronor que las estrategias que se emplearon fueron eficientes, porque en un tiempo relativamente breve, el personal de esta empresa aceptó, no solo la venta, reducción de personal y partición de la misma en diferentes unidades funcionales, sin generar resistencia. Incluso se aceptó que la central emblema, El Chocón, quedará en manos de empresas de origen chileno, país que no hace mucho tiempo —en 1978— se veía como enemigo, (en ese momento se lo consideró a El Chocón uno de sus objetivos militares) y a los que no se consideraba técnicamente capaces de la operación de centrales de estas características y envergadura.

Las estrategias implementadas fueron tan exitosas que concluida la fase privatizadora no fue necesario reemplazar al personal, todas las unidades quedaron funcionando en sus diferentes niveles con los agentes de la antigua empresa que continuaban trabajando pese a las sucesivas reducciones de personal.

12. *Página 12*, martes 8 de julio de 1995.